

EL USO DEL LENGUAJE EN ANTROPOLOGIA

Por. S. F. NADEL

LOS antropólogos de todas las opiniones están hoy de acuerdo en que las investigaciones de campo deberían hacerse empleando el idioma vernáculo.* Los peligros de una traducción inexacta, que lleva a un conocimiento también inexacto, sólo de esa manera pueden ser adecuadamente superados. Ya sé que por lo menos un antropólogo de fama sostiene que el trabajo con intérpretes es, para los fines corrientes del trabajo de campo, tan suficiente como el trabajo en que se usa el lenguaje indígena; de hecho, el conocimiento del lenguaje indígena se considera cosa superflua, que recarga innecesariamente el trabajo mental, halaga la vanidad personal y aparta la atención de la verdadera tarea.¹

No creo que la extremosa opinión de la doctora Mead encuentre muchos partidarios. Por mi parte, considero que desconoce ciertos aspectos esenciales del lenguaje que merecen ser examinados con mayor detenimiento. Porque esa opinión descansa sobre el doble supuesto de que, para el antropólogo, el lenguaje no es más que una "herramienta", y que los lenguajes son, por lo general, herramientas discursivas tan perfectas y uniformes que pueden traducirse uno a otro, frase por frase, sin que se pierda en precisión. Ninguno de esos supuestos se tiene en pie. El lenguaje es, indudablemente, una de nuestras "herramientas" para llegar a los hechos; pero entre esos hechos está también el lenguaje: no sólo las exposiciones que nos hacen los informadores (especialmente seleccionados o no), sino las exposiciones que se hacen entre sí las gentes, en circunstancias que nosotros observamos y como parte de dichas circunstancias.

La conducta social, no hace falta decirlo, es en gran medida conducta lingüística, ya se trate de órdenes, instrucciones u otras comunicaciones que inician la conducta, o de aserciones acerca de la conducta y de las cosas sobre las que ésta se ejerce, como en los juicios morales o de otra especie, en la denominación de acontecimientos, relaciones o actividades, y en las explicaciones del mundo que rodea a las gentes. En cierto sentido, pues, es única la posición del antropólogo. Su materia de estudio está constituida en

gran parte por el lenguaje y el único modo que tiene de presentarla es también por medio del lenguaje (de su lenguaje). Por consiguiente, hay que acudir a la traducción. El problema está en si el antropólogo ha de ser también el traductor, o si ha de hacer la traducción una segunda mano. Se dirá que esto depende de la eficacia del intérprete. Ahora bien, no tenemos por qué preocuparnos por los errores crasos que pueden surgir cuando un intérprete no está bastante familiarizado con nuestro lenguaje, o es poco instruido, o ajeno a su cultura, quizás a causa de las mismas cualidades que lo hacen útil para nosotros. No sé si existe el intérprete "ideal"; pero suponemos que existe y que llena en todos los respectos los deseos del antropólogo.

¿Podemos decir, entonces, que, mediante su traducción, capturemos todo lo que se dice, el sentido o significación de las frases, y que sólo faltará el modo de decirlo, o sea la elección precisa y especial de las expresiones? La doctora Mead parece tener presente una distinción de este tipo cuando cree que el conocimiento del idioma vernáculo no tiene importancia en una investigación estrictamente antropológica, y que la tiene únicamente cuando al investigador le interesan las implicaciones "psicológicas" del modo de hablar y del idioma. No puede sostenerse tal distinción. El sentido de "lo que" se dice va unido a "cómo" se dice. Pues, con pocas excepciones, las palabras no tienen una relación única, invariable y exclusiva con las cosas que significan.² Por el contrario, la misma palabra puede aplicarse a situaciones diferentes y significar cosas distintas, y a su vez la misma cosa puede llamarse de distintas maneras. Esta amplitud del significado de las palabras y de su elección en un contexto particular subraya en mayor o menor grado la importancia de lo que quieren comunicar en un momento determinado; la *palabra exacta* en un contexto lo es por lo que puede significar en otros. Y no puede suponerse que la am-

plitud del significado de las palabras y las posibilidades de elección son las mismas en idiomas diferentes.

Nos referimos aquí, naturalmente, a las conocidas dificultades de la traducción exacta, que los expertos encuentran enormes aun cuando se hace entre dos idiomas familiares. Todo el mundo habla de las "asociaciones" que tienen las palabras para quienes hablan un idioma determinado, y las que evocan en su mente, que se pierden en la traducción; así, palabras aparentemente equivalentes de dos idiomas llevan el pensamiento y la imaginación por caminos divergentes. No hablo de las dificultades que entraña la traducción de poesía, oratoria y otros géneros análogos, donde las resonancias emocionales de las palabras (si se me permite usar esta vaga frase) juegan papel tan importante. Pensemos no más en textos prosaicos en donde la precisión es importante, como en el lenguaje legal o científico. No es necesario poner ejemplos; las traducciones de obras jurídicas y científicas están llenas de frases alternativas, de notas para aclarar el significado de determinadas palabras, o de citas literales para abreviar esas explicaciones, todo lo cual atestigua las dificultades de la tarea. En otras palabras, atestigua la ausencia de equivalentes precisos en los diferentes vocabularios, de suerte que todo lo que podemos esperar hallar son aproximaciones más o menos felices.

La situación en la investigación social es la misma, en gran parte. La falta de equivalentes precisos puede, desde luego, no significar sino que el hecho social particular (institución, relación, etc.) de que habla el idioma del cual traducimos no existe en la cultura del idioma a que traducimos. El *pater familias* romano no existe, sencillamente, en la sociedad inglesa moderna, ni los soviets rusos en la Europa occidental. Dejaremos por el momento este punto para dedicarnos únicamente a las cosas, actividades, etc., que son comunes a las culturas cuyos idiomas tenemos que conciliar

Así y todo, la tarea conserva casi todas sus dificultades. Aun tendremos que buscar equivalentes exactos donde no existen, y contar con las diversas "asociaciones" de voces similares en diferentes idiomas. Dicho más concretamente, nos encontraremos con palabras sólo equivalentes *grosso modo*, que tienen una circulación un tanto distinta en los diferentes idiomas, empleándose en una serie distinta de situaciones con una "amplitud de significado" diferente. Sea cualquiera el grado de equivalencia que finalmente consigamos, siempre dependerá del conocimiento que tengamos de la mencionada circulación de las palabras. Valga un ejemplo por todos: En toda sociedad primitiva habrá una palabra X (o varias de estas palabras) que expresen el oprobio en que se tiene a determinado acto, por ejemplo el incesto. Tenemos que apreciar el valor preciso de la palabra, puesto que expresa un juicio moral importante, y traducirlo de alguna manera a nuestro idioma. Ahora bien, no es aplicable ninguna de las palabras siguientes: horrible, asqueroso, vil, deshonesto, vergonzoso, pecaminoso, criminal, incorrecto, nefando. Cada una de ellas tiene una connotación más o menos definida en nuestro idioma, o sea, que puede ser usada en ciertas situaciones, pero no en otras. Cuál sea la traducción "correcta" de X en la situación dada dependerá de todas las otras situaciones en que puede (o no puede) ser usada legítimamente: si se usa también para delitos legales comunes (significando entonces "ilegal"), o para actos que equivalen a sacrilegios ("pecaminoso") o para cosas físicamente repugnantes ("vil", "asqueroso"). La traducción "correcta", pues, se deriva de la comparación, no de las palabras, ni siquiera de los contextos, sino de toda la disposición semántica de los idiomas. Y lo mismo ocurre con otras muchas palabras que tenemos que usar a cada paso, a saber, las palabras con que el pueblo expresa sus actitudes ante las cosas y sus motivos para actuar de un modo dado, como cuando habla de "amor", "odio", "miedo", "confianza", "obediencia", etc.

Permítaseme subrayar que, aun así, sólo podemos llegar a equivalentes aproximados. Las actitudes y los móviles se expresan, desde luego, no sólo por el lenguaje, sino también por la conducta (que juzgamos con criterios que estudiaremos más adelante). Y el nombre que consideraríamos

* De la obra de S. F. Nadel, *Antropología Social*, en la traducción de Florentino M. Torner, que aparecerá próximamente en la Sección de obras de Antropología que publica el Fondo de Cultura Económica.

adecuado para denominar la conducta muy bien puede no estar de acuerdo con el uso corriente de la palabra indígena. Las personas que emplean la palabra X para denotar la cualidad del incesto y la de los delitos comunes, por ejemplo, pueden sentir una marcada repugnancia por los delincuentes del primer tipo y no por los del segundo, caso en el cual no tendremos nada que se corresponda exactamente con X. Para transmitir el carácter de las diversas reacciones, tendríamos que ignorar la nomenclatura dada; y para transmitir ésta, tendríamos que borrar las diferencias en la conducta. Los nupes, por ejemplo, tienen la misma palabra, *leifi*, para toda clase de delitos, incluyendo los que, a juzgar por las reacciones de la gente, corresponden a "pecados" (como nosotros los llamamos); en árabe pueden llamarse las cosas que son físicamente repugnantes, malas y vergonzosas, con la misma palabra, *shen*; en francés podemos "odiar" a los enemigos y cosas similares, mientras en inglés podemos odiar a los enemigos o a los alimentos desagradables. Lo que no quiere decir, evidentemente, que las situaciones y los objetos tan uniformemente denominados no se distingan en la realidad, es decir, que no se reaccione ante ellos de maneras distintas.

Ahora bien, no estoy insinuando que no haya modo de salir de esta dificultad. Ya conservemos la nomenclatura, ya decidamos abandonarla, podemos corregir la inexactitud por medio de una fraseología más discursiva o por notas o comentarios adecuados, que es el método usual de los traductores concienzudos. En realidad, la gente puede, por medios parecidos, adaptar su nomenclatura a las diferentes ocasiones, por ejemplo, limitando la amplitud de una palabra por medio de adjetivos adecuados y otras notas amplificadoras o calificativas. Pero la amplitud de significado subsiste, y hay necesidad de adaptarla. De cualquier modo que lo miremos, un idioma empleará dos palabras donde otro emplea una, o ciertos circunloquios donde el otro puede elegir expresiones breves. Subsiste, dicho de otro modo, una diferencia irreductible en la economía semántica de los diferentes idiomas. Y esto me lleva a tratar de otro punto, porque esta diferencia de economía semántica es, como tal, una fuente importante de información no obtenible por ningún otro medio; así que tenemos que poseer también este conocimiento, sean cualesquiera los

requisitos de una traducción feliz (o, para el caso, los talentos del intérprete "ideal").

Los idiomas, en suma, son sistemas de símbolos, y las palabras las unidades símbolos, es decir, que representan algo, se refieren a ello, lo significan. Más exactamente, las palabras están hechas para referirse y significar, en virtud de cierto consenso subyacente y de unas reglas dadas de operar. Así que todo el que maneja las palabras de acuerdo con las reglas hará conocer a los demás familiarizados con ellas (es decir, que hablan aquel idioma) lo que significan las palabras, ya los efectos se detengan en el mero conocimiento ya se extiendan a una respuesta adecuada por la conducta. Se diría que las cosas significadas por las palabras pueden ser objetos, personas, acontecimientos, actividades, estado de cosas y relaciones entre cada una de esas cosas o entre todas.³ Pero por lo menos es inexacto (si no insensato) decir que las palabras se refieren directamente a objetos, acontecimientos, etc. Más bien se refieren al modo como objetos y acontecimientos son percibidos y manipulados, al modo de reaccionar ante ellos y en general a lo que se piensa de los mismos. Si a un objeto (concretamente) lo llamo libro en vez de cualquier otra cosa, afirmo "una serie de características" que ese objeto, y todos los de su clase, "tiene que tener para ser" un libro,⁴ y que son aprehendidas por una serie de percepciones y manipulaciones: ver la forma del objeto, probar la naturaleza de su material, verificar que contiene letras impresas (pues de otro modo sería una "agenda" o un cuaderno de notas), apreciar su tamaño (ya que un objeto de esta clase demasiado pequeño sería un "folleto"), etc. Y si decimos que un libro (hablando ahora abstractamente) es de *prosa* en vez de cualquiera otra cosa, afirmamos ciertos caracteres que debe tener para ser un ejemplar de ese género de objetos, y que son averiguados por procedimientos prescritos ("operaciones", dirían los lógicos): la clase de procedimientos que hicieron comprender de repente a M. Jourdain que había hablado en prosa toda su vida sin saberlo. En términos generales, toda palabra es una *abreviatura* de una serie de rasgos y características, y representa un *resumen cognoscitivo* de innumerables modos de tomar conocimiento de los objetos, los acontecimientos y los estados de cosas.

Es evidente que esa abreviatura de palabras no sólo trae

consigo una serie coherente de modos de tomar conocimiento, coherente porque todos esos modos se combinan para demostrar la naturaleza de una clase de objetos, acontecimientos o estados de cosas. Muchas palabras llevan también consigo experiencias que parecen de un orden palpablemente distinto, como cuando con la misma palabra "sangre" denominamos la sustancia física (que podemos ver que es roja y viscosa, que circula por el cuerpo humano y que podemos analizar químicamente) y el parentesco estrecho (que comprobamos observando la conducta o rastreando las genealogías). Aquí, habitualmente distinguimos entre el uso literal y el uso metafórico de las palabras; pero uno y otro caen dentro de un "resumen cognoscitivo"; aunque esto ya no implica una entidad unitaria formada con características diferentes, todavía implica el conocimiento de cierta unidad en las diferentes entidades. Más exactamente, el nombre común implica una relación de afinidad imputada a las diferentes entidades y considerada de importancia bastante para justificar la abreviatura en una sola palabra. Además, el agrupamiento lingüístico representa un modo distinto de "pensar sobre" las cosas, los sucesos, etc.

Quizás debiéramos subrayar que este argumento no es afectado por ejemplos, que pueden citarse inmediatamente, de cierta discrepancia aparente entre la denominación de los fenómenos y otras pruebas de cómo los hablantes piensan acerca de ellos. Manifiestamente, la gente que tiene una sola palabra para denominar la fealdad física y la depravación moral reaccionará, no obstante, de manera diferente a la una y a la otra; y la gente que usa palabras diferentes para designar la muerte de seres humanos y de animales, o para *shade** y *shadow*** mostrarán, por otros medios, que comprenden el fenómeno físico común a ambas cosas. Pero no sostenemos que la denominación de los fenómenos indique la *única* relación reconocida entre ellos; tomamos la denominación sólo para indicar que se reconoce y considera importante *cierta* relación (entre muchas). Si negásemos esto, afirmaríamos que las nomenclaturas son casuales y fortuitas, lo cual es absurdo, a pesar de unos pocos ejemplos de

lo contrario, como los homónimos. Indudablemente, en toda situación dada de lenguaje esos amplios "resúmenes" se reducen a una referencia más estricta, adecuada acá y allá, restricción que se efectúa a la vez por el contexto lingüístico y por la situación material en que se emplean las palabras. Además, la rutina del uso lingüístico puede oscurecer el conocimiento que el hablante tiene de las relaciones conceptuales que se extienden más allá del contexto dado, aunque esto variará con la inteligencia, intereses y educación del hablante. Pero el estudio de los cambios en el uso corriente de las palabras, le da extensión de los significados prístinos y de la invención de palabras nuevas, ofrece pruebas bastantes de que dicho conocimiento no se oscurece.

Todos estos hechos no son sólo importantes "psicológicamente" ni caen fuera del campo de nuestros intereses. En la medida en que los "resúmenes" concentrados en palabras descansan sobre nociones corrientes en cuanto a las relaciones importantes entre las cosas, reflejan el conocimiento válido en una cultura, sus intereses, valores y normas. El uso lingüístico de un pueblo, e igualmente los informes verbales sobre su cultura (tal como los obtienen los antropólogos) son, pues, por sí mismos ejemplos del funcionamiento de esa cultura, si somos capaces de interpretarlos.

Si en un idioma primitivo se emplea la misma palabra para designar el "verdadero" matrimonio y la unión nominal o temporal de un hombre y una mujer, ello es indicio importante de la amplitud del concepto y, en consecuencia, de la evaluación de esos modos de conducta. La posición social y la pertenencia a los grupos se hacen visibles por el uso diacrítico de los nombres (si se me permite anticipar una palabra que tendré que usar más adelante), cuya aplicación misma indicará si una persona determinada "pertenece" o no a cierto grupo; estudiar el uso reiterativo o variado de esos nombres es, pues, estudiar la estructura social. Si un pueblo usa la palabra "presente" para las transacciones entre personas y para las ofrendas a los dioses, la identificación lingüística revela un rasgo importante de su actitud ante lo sobrenatural. En el uso generalizado de la misma palabra, para la sustancia física "sangre", para el parentesco próximo, para la gravedad de los delitos ("derramamiento de sangre") y

* En inglés, sombra, obscuridad. (T.)

** En inglés, sombra, silueta que proyecta un cuerpo iluminado. (T.)

para sus consecuencias morales y sociales (cuando la gente habla de "venganza de sangre", o de la "sangre" que media entre los parientes del agresor y los de la víctima), la amplia significación representa un nexo conceptual distinto, místico, pero fuertemente efectivo como motivo de acción. Y esto no es menos cierto del lenguaje técnico de la economía, donde el uso de palabras como "riqueza", "pobreza", "venta", "precio", indican también las nociones corrientes en cuanto a las "relaciones importantes entre las cosas".

Repitamos una vez más que todos esos hechos están ahí, al alcance del antropólogo, "si sabe interpretarlos". Y esto sólo es posible mediante el conocimiento perfecto del idioma indígena. El "virtuosismo" del antropólogo-lingüista, que la doctora Mead considera una ambición fuera de lugar, es la mejor preparación para su tarea. Pero los ideales suelen ser inasequibles. No todo antropólogo tiene talentos lingüísticos, ni tendrá siempre tiempo bastante a su disposición para adquirir un conocimiento acabado del idioma indígena.⁵ Puede contestarse que no se obliga a ningún antropólogo a trabajar sin disponer de tiempo suficiente; pero los antropólogos no siempre son dueños de sí mismos; además, el deseo de investigar varios grupos (por ejemplo, con fines comparativos) es grande con frecuencia, mientras la vida de un hombre dura poco, desgraciadamente. Así, pues, tenemos que hacer concesiones y reconocer la necesidad de llegar a una transacción. Parece haber tres "mejores segundas" soluciones. Una es la colaboración con un lingüista que posea el conocimiento requerido del idioma. Otra, la adquisición de un fondo de conceptos vernáculos importantes para usarlos en la investigación antropológica; pero esta solución me parece que únicamente puede convenir en una investigación de alcance limitado. La tercera, es el uso de una *lingua franca* o de un idioma indígena hablado por varias tribus además del suyo propio. Mi propia experiencia puede servir de ejemplo.

Cuando trabajé como antropólogo del Gobierno en los montes Nuba, entre diez tribus pequeñas que hablaban idiomas diferentes, tuve que renunciar a mis aspiraciones al perfeccionamiento lingüístico. Pero restringí el campo de mi investigación; además, estudié uno de los idiomas nuba, que entendían varias de las tribus, mientras en otras empleé el tipo de árabe que los nubas mis-

mos habían adoptado casi como *lingua franca*. El uso de un idioma indígena ampliamente extendido entraña muchos menos peligros que el de un lenguaje extranjero. En primer lugar, los individuos bilingües no son extranjeros ni proscritos, ni híbridos culturales extrañados de su comunidad. Además, los lenguajes mismos serán muchas veces parientes próximos en estructura y en principios semánticos. Esto no se aplica, evidentemente, a una *lingua franca* como el árabe. Pero su largo uso (ahora hace dos generaciones) por algunas de las tribus nuba lo ha convertido casi en un dialecto nuevo, más adaptado a sus necesidades de expresión. Aquí, como en situaciones similares de contacto prolongado, los pueblos mismos han producido equivalentes de significado mediante un proceso gradual. Estos equivalentes no hay que descubrirlos bajo el acicate del momento, y en contextos nuevos y sin precedentes, como sería el caso si se empleara un idioma extraño. Subsistirán los peligros y los errores, pero son de menor importancia, ya que la brecha que tiene que salvar la traducción ha sido reducida.

Para terminar, volvamos a un punto a que ya nos hemos referido en este estudio. Así como el lenguaje es una herramienta de observación, así también lo es de descripción. Lo que observamos tenemos que registrarlo, y esto sólo es posible mediante el lenguaje. Evidentemente también, nuestros registros, si han de tener valor, deben ser comunicables; la exposición verbal en que describo lo que vi tiene que tener para los demás una significación precisa. La ciencia se basa en experiencias comunicables, no privadas, y para esto la primera condición es la precisión lingüística. Ahora bien, esto postula, en cierta medida, conflictos con el propósito de hacer plena justicia a la peculiaridad de las concepciones indígenas, muchas de las cuales, como sabemos, se refieren a modos de conducta, relaciones y cosas análogas, que no existen en nuestra cultura. No es de extrañar, por lo tanto, que en antropología ciertas palabras vernáculos hayan sido tácitamente aceptadas como intraducibles, tales como *mana*, *tabú*, *totem*, *potlach*. Los resultados no han sido muy felices. No habiendo sido nunca rigurosamente definidos en un idioma neutral, los conceptos así expresados han tendido a asumir un significado diferente en los diferentes contextos. Además, el expediente amenaza convertirse en costumbre, y

no es raro encontrar exposiciones antropológicas tan llenas de palabras vernáculos, que se hace necesario un glosario para entenderlas. Pero evidentemente, llevado demasiado lejos, el uso de palabras vernáculos en la descripción conduce a exposiciones que ya no son inteligibles.

El problema de la comunicabilidad no termina con los pros y los contras del uso de palabras vernáculos. La gran diversidad de maneras en que diferentes antropólogos usan términos descriptivos idénticos también produce confusión y obstruye igualmente el progreso de nuestra ciencia. Tal es el caso actualmente, por desgracia. La antropología se ha extendido tanto y su trabajo se ha dispersado en tal grado, hasta comprender diferentes culturas tan ampliamente diferentes, que su terminología está llegando al punto de perder toda identidad. Pronto se hará necesario un Concilio de Nicea de la antropología para salvar la unidad de la ciencia de los cismas terminológicos. Pero de todo esto ya hemos dicho bastante.

1 Margaret Mead (1939).

2 Estas excepciones son los nombres propios y los términos téc-

nicos específicos, como *tetraedro* o *drosophila melanogaster*.

3 Puesto que lo que primordialmente nos interesa es la "economía semántica" de los idiomas, podemos prescindir de ciertos aspectos de las palabras que no tienen importancia en este respecto. Así, no tomo en cuenta las partes "formales" del lenguaje (conjunciones, preposiciones, "cuantificativos", etc.) que "no contienen en sí mismas ninguna referencia", sino que únicamente indican ciertas operaciones cognoscitivas que han de ejecutarse con las referencias de otras palabras (véase K. Britton, 1939, pp. 114-15). Ni tomo en cuenta tampoco el uso específicamente pragmático del lenguaje, en que la palabra-signo o símbolo puede reducirse a una mera "señal" para la conducta. Por último, prescindiré de la distinción convencional (pero muy difícil en la realidad) entre las palabras "concretas" y "abstractas", que realmente puede depender únicamente del contexto en que se usa una palabra determinada (véase J. Dewey, 1938, p. 351).

4 J. Dewey (1938), p. 355.

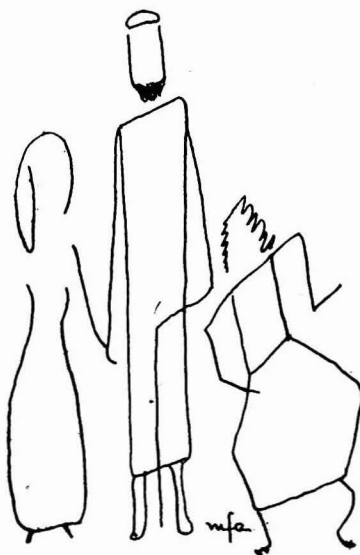
5 Si me es permitido citar mi propia experiencia personal, diré que usé el nupe exclusivamente después de seis meses de estudio, y que lo hablaba corrientemente después de nueve. Aunque el idioma nupe resulta difícil por su entonación y por la riqueza de su vocabulario, su gramática es sencilla; yo tuve la fortuna, además, de poder usar una gramática y un diccionario impresos, excelentes. Tardé seis meses en dominar un idioma nuba, que no tiene acentos y es de gramática y vocabulario sencillo, pero que no se escribe.

NAZARIN

DE
PEREZ
GALDOS

Por Margit FRENK A.

A José F. Montesinos



EN 1895, cuando publica *Nazarín*, Galdós ha dejado muy atrás al naturalismo. Ya no le interesa estudiar a la sociedad ni combatir sus taras. *Nazarín* es obra de pura invención y de arte puro, obra en que la realidad cristaliza en símbolos; novela arquitectónicamente construida, que ya no quiere ser un "trozo de vida" con comienzos y fines arbitrarios, ya no regida por la fidelidad al mundo real, sino por leyes puramente estéticas.

Esta renovación de la novela significa aquí, cosa curiosa, un retorno a la fórmula original de la novela, tal como la creó Cervantes: el autor inventa un personaje extraordinario, lo coloca en los caminos de España y hace que le sucedan una serie de aventuras, determinadas por su carácter mismo. En vez de desparramarse en múltiples y heterogéneos elementos, la obra gira en torno a un eje central que la condiciona y estructura. Maravillosa sencillez de la forma, después de la complejidad na-